

## **EL OBJETO DEL ENCUADRE**

### **ENCUADRE Y REALIDAD -- VIVENCIA DE DOLOR Y EXPERIENCIA DE SATISFACCIÓN**

**Alberto Loschi**

El psicoanálisis presenta hallazgos notables pero los mismos, a diferencia de lo que ocurre en las disciplinas científicas, son volátiles, tienden rápidamente a borrarse, opacarse. Forma parte de su idiosincrasia el requerir ser hallados cada vez y eso ocurre en el espacio-tiempo de la sesión psicoanalítica.

Un ejemplo de esto es 'el objeto'.

El objeto del cual nos ocuparemos sólo es hallado en el psicoanálisis y, más específicamente, en 'el laboratorio' de esta disciplina que es el encuadre. Así como los neutrinos sólo se hallan en laboratorios ultra especializados y en el marco de la física, este objeto sólo se halla en el encuadre y en el marco del psicoanálisis.

Tal limitación no le quita un ápice de valor al hallazgo. Nadie duda del valor de los neutrinos aunque jamás hayamos visto uno y esto es así porque su venir a la existencia en el seno de la física está preñado de consecuencias. Lo mismo ocurre con el objeto en psicoanálisis. Pero, a diferencia del neutrino, este objeto se volatiliza tan pronto queremos hablar de él. Es un objeto esquivo, celoso que sólo se muestra en la intimidad del encuadre, en condiciones especiales y en ausencia de testigos. Cuando luego queremos comunicar esta experiencia el concepto se desliza hacia versiones más triviales que reducen su dimensión: ¿es el objeto real externo? ¿el de la fantasía? ¿el de la identificación? ¿el perdido? ¿un fantasma? ¿qué es el objeto? La respuesta a esta pregunta la encontramos en la experiencia y en el marco del encuadre. De ahí el interés de reflexionar sobre éste.

Habida cuenta de las muchas cosas que se han dicho y escrito sobre el encuadre, queremos hoy considerarlo desde un vértice particular para poner de realce su función. Para ello nos valdremos de una

analogía que facilite el hacer 'más visible' el objeto de nuestro comentario.

Si lo pensamos en el sentido fotográfico, el encuadre es lo que enmarca una imagen y pone en foco un detalle, un elemento de la misma. Con esta operación, el cuadro que así se logra queda separado de la realidad. Si esto es realizado con arte, el efecto es que la realidad queda suspendida para dar lugar a algo que impresiona y actúa en quién lo observa por otra cualidad que ya no corresponde a la realidad y que hasta puede resultar más real que la realidad. El encuadre así entendido logra plasmar algo que no es visible en la realidad y que suscita la pregunta ¿dónde está eso? ¿en la realidad? ¿en la foto? ¿en el que la observa? Por otro lado ¿en qué consiste 'eso'? Es evidente que resulta inútil tratar de responder a las mismas; tales preguntas sólo valen para aludir a 'eso', que si bien es inaprensible, se destaca por sus efectos: las vivencias que despierta y, sobre todo, la cualidad de ser algo que 'da que hablar'. Es algo que sin ser realidad crea realidad.

Concluimos así que ese efecto no sólo no depende de su parecido con la realidad sino que es un requisito para que tenga lugar desprenderlo de la misma y sólo entonces, si la operación ha sido bien lograda, tiene fuerza de convicción y actúa. Al suspender la luz de la realidad 'eso' muestra su propia luz.

Si nos trasladamos a un ámbito vecino a la fotografía, el cine, este efecto es aún más notable. Se trata de la proyección sobre una pantalla plana, bidimensional, en una atmósfera oscura que apaga la realidad. En ese fondo de oscuridad se recorta un marco, la pantalla, en el que se enciende una danza de imágenes virtuales. Del otro lado está el espectador, pero ¿no resulta reducido llamarlo espectador? Espectador da la imagen de alguien sentado en su butaca, pasivo, en una sala oscura. Todo eso corresponde a la realidad. Pero el que ve y asiste a una película ¿está sentado en una butaca? ¿pasivo en una sala oscura, rodeado de otros en la misma situación que él? ¿dónde estamos mientras vemos la película? ¿en la butaca? ¿en la pantalla? ¿cuál es ese espacio?

Muchas películas juegan con este efecto haciéndolo manifiesto y procurando así redoblarlo. Recordemos por Ej. "La Rosa Púrpura del Cairo".

El cine cuenta con estos distintos espacios que recuerdan 'la otra escena' de la que habla Freud: la realidad; la ficción; la realidad mezclándose con la ficción; la ficción que crea dentro de ella otra ficción que resulta más real que la realidad. Todos estos efectos no pueden lograrse sólo con la realidad. Curiosamente la realidad tridimensional suele ser más chata y pobre en dimensiones que esta 'otra escena' proyectada en la pantalla bidimensional del cine y capaz de crear esos otros espacios. Esa 'otra escena' se acerca más a la verdad. Verdad más o menos siempre velada por la chata realidad cotidiana.

Pasando ahora a los sueños, terreno cercano al cine y más afín al psicoanálisis, encontramos lo mismo. Freud decía de éstos que eran la vía regia de acceso al inconsciente. Y es un hecho, a veces no suficientemente remarcado, que el sueño para presentarse requiere

también un encuadre especial. Dentro de ciertos límites puede variar, pero en condiciones Standard nos procuramos en lo posible un ambiente libre de los estímulos que llamamos de la realidad. En ese encuadre tiene lugar el sueño.

Del mismo modo el encuadre en psicoanálisis enmarca y crea un espacio-tiempo que se recorta del de la realidad. La frecuencia, duración y regularidad de las sesiones no depende sólo de la necesidad del paciente y/o del analista sino de ese espacio-tiempo particular; es una necesidad del encuadre.

Se ha señalado, pero no está de más recordarlo, que la posición del paciente recostado en el diván, inhibido el polo motor, suspendidos los estímulos externos, sobre todo visuales, remeda la situación del dormir. Y así como durante el dormir no todo el psiquismo duerme, del mismo modo en la sesión psicoanalítica los estímulos inconscientes no sólo se mantienen activos sino que se presentan con mayor nitidez al apagarse la luz de la realidad cotidiana. Y se presentan, concentrados, en la persona del analista.

En la persona del analista, así considerada, se presenta 'el objeto'.

Esto ya lo indica Freud en un temprano texto. Dice al final de "El olvido de los sueños" en el capítulo VII de "Interpretación de los sueños":

*"Cuando pido a un paciente que deponga toda reflexión y me cuente todo lo que se le pase por la cabeza, me atengo a la premisa de que no puede deponer las representaciones-meta (inc) relativas al tratamiento, y me considero con fundamento para inferir que eso que él me cuenta, en apariencia lo más inofensivo y arbitrario, tiene relación con su estado patológico. Otra representación-meta (inc) de la que el paciente no tiene sospecha es la de mi persona. La apreciación plena y la demostración en profundidad de esos dos esclarecimientos pertenece a la exposición de la técnica psicoanalítica como método terapéutico."*

Siguiendo el consejo de Freud, de comprender cabalmente y en profundidad el sentido de lo que aquí expresa al subrayar 'esos dos

esclarecimientos', concluimos que en la persona del analista se presenta el objeto de la patología del paciente; el objeto que enferma. Y ocupar ese lugar le da al analista la llave para actuar sobre el 'estado patológico'.

Tal objeto no existe en la realidad, aunque allí despliega sus efectos que se aprecian sobre todo en 'el estado patológico'. Es en el marco particular de la sesión que tiene posibilidad de venir a la existencia.

Decíamos que en fotografía el encuadre es lo que enmarca algo para que se pueda ver. Traducido a la sesión diremos que el dispositivo del encuadre lleva al analista a ocupar ese 'foco', a acercarse a ese 'lugar', que no existe fuera de ese espacio. Es el lugar de 'el objeto'.

Así como la realidad se apaga en el espacio del encuadre, el objeto se 'realiza'. El encuadre y su aprovechamiento por parte del analista logran poner 'en foco' ese objeto, siempre esquivo en el espacio de la realidad.

Pero, ocupar ese lugar despierta en el analista fuertes resistencias.



En la medida que se acerca a ese lugar se excitan las resistencias del yo de éste, las que se manifiestan como contratransferencia, principalmente angustia; una medida de la cercanía del objeto.

El yo, narcisista, se defiende de quedar identificado al objeto y la contratransferencia es un índice de esa proximidad. Podríamos definir metapsicológicamente la contratransferencia como la sobre investidura de la imagen yoica narcisista, que actúa como defensa frente al peligro de la identificación con el objeto.

En ese momento el analista pasa a ser como un órgano afectado hipocondríacamente. La metáfora nos parece apropiada porque el compromiso es total; es una presencia que, tanto para el analista como para el paciente, se torna insoslayable. Todo se centra y se concentra en la situación analítica. Al igual que un órgano hipocondríaco, el analista es todo el horizonte del paciente en un clima de acentuada e inestable tensión.

Metapsicológicamente podemos decir que en ese momento el analista, como objeto, encarna la rechazada vivencia de dolor y vemos al paciente debatirse con la misma.

## La vivencia de dolor – Alucinación negativa y alucinación positiva

Procuraremos ahora brindar una descripción más pormenorizada de los cambios y movimientos psíquicos que guardan relación con el encuadre. Para ello haremos intervenir la vivencia de dolor, que Freud caracteriza –aunque sin desarrollarlo- como la contraparte de la experiencia de satisfacción.

Podemos decir que el punto cero del encuentro entre analista y paciente consiste en un destello traumático que se alucina negativamente. Este ‘vacío’ de imagen es rodeado, ocupado (catectizado) por la imagen de transferencia, que se constituye al modo de la imagen de deseo –una alucinación positiva-.

Lo que queremos destacar es que esa imagen de transferencia incluye una no imagen –la alucinación negativa- (suscitada por la estimulación de la vivencia de dolor), cuya presencia actúa como un atractor; señala el lugar del objeto que atrae la transferencia. Desde

esta perspectiva podemos decir que el objeto del que nos ocupamos corresponde a lo que no es imagen de la imagen.

Para explicarlo de otra manera recurramos a la metapsicología.

Freud describe el deseo como 'aquella corriente psíquica que partiendo del displacer tiende hacia el placer'. Destaquemos en esta definición que el deseo parte del displacer; esto quiere decir que el deseo incluye en sí el displacer. Además, el deseo consiste en la desinvertidura de ese displacer que desplaza su catéxis hacia la imagen de placer. Esto resulta claro en la otra definición de deseo que da Freud: 'la investidura plena de la imagen de satisfacción'. El deseo implica la desinvertidura de la vivencia de dolor y, correlativamente, la catéxis de la imagen de satisfacción.

De este modo la percepción capaz de excitar la vivencia de dolor es retirada de la conciencia. Dice Freud en el capítulo VII de "Interpretación de los sueños":

*Investiguemos la contraparte de la vivencia primaria de satisfacción, la vivencia de terror frente a algo exterior. Supongamos que sobre el aparato primitivo actúa un estímulo perceptivo que es la fuente de una excitación dolorosa. Entonces sobrevendrán prolongadas y desordenadas exteriorizaciones motrices hasta que por una de ellas el aparato se sustraiga de la percepción y, al mismo tiempo, del dolor; y cada vez que reaparezca la percepción, ese movimiento se repetirá enseguida, hasta que la percepción vuelva a desaparecer. Pero en este caso no quedará inclinación alguna a reinvertir por vía alucinatoria o de otra manera la percepción de la fuente de dolor...Este extrañamiento respecto de lo penoso (dolor), nos proporciona el modelo y el primer ejemplo de la represión psíquica"*

El contenido de esta frase nos acerca al mecanismo de la alucinación negativa que en "Adición metapsicológica..." hace corresponder a la desinvertidura del sistema Cc.

Esta desinvertidura de Cc, cuyo ejemplo paradigmático Freud lo encuentra en la amentia de Meynert, se diferencia de la represión

que consiste en el retiro de la investidura Prec. La misma diferencia puede establecerse entre desmentida y represión. Se puede decir que la desmentida acontece entre Cc y Prec; la investidura Prec se mantiene (sabe que la mujer no tiene pene) pero la percepción se ha retirado de la conciencia. La represión actúa entre Prec e Inc; se mantiene la investidura Cc pero se retira la Prec.

No obstante hay una relación entre ambas. Recordemos que *“el segundo sistema sólo puede investir una representación si está en condiciones de inhibir el desarrollo de displacer que parta de ella; lo que de esta inhibición se sustrajera es también inasequible para el segundo sistema a consecuencia del principio de displacer”*.

El abandono de la representación displacentera es sustituido por otra que evita el displacer, y resultará ésta la que se presentará a la conciencia. Esta sustitución es descrita por Freud como ‘trasposición de los valores psíquicos’. De aquí resulta que el valor psíquico de lo que se presenta a Cc queda acentuado y, a la inversa, es retirado el valor psíquico de la representación reprimida. Todo ello no puede dejar de afectar al examen de realidad, que es llevado

a cabo por Cc y permite pensar que la construcción-realidad presenta, en mayor o menor medida, cierta cualidad alucinatoria.

El asociar del paciente, que presenta al análisis los datos de la conciencia, está a su vez determinado por este mecanismo y en él queda acentuado el valor psíquico de aquello que vino a sustituir a lo reprimido. A la inversa, la atención flotante consiste en la disposición del analista a ser sensible a la percepción del valor devaluado por la represión. Tal participación del analista influye así en el examen de realidad y en la dinámica de la transferencia, que dejará de estar regida exclusivamente por el principio de placer y/o la compulsión de repetición.

El encuadre (que incluye asociación libre y atención flotante) no sólo pone distancia de la realidad por sus condiciones de forma, tiempo y lugar sino también, al introducir otra variable entre principio de placer y compulsión de repetición, modifica la construcción-realidad.

Principio de placer y compulsión de repetición son las líneas de fuerza que construyen la realidad del sujeto. Es importante entonces

introducir otra variable que permita a la vivencia de dolor otro destino que el ser borrada y/o repetida. Esta inclusión de la vivencia de dolor que sorteja la repetición -lo que es posibilitado por el encuadre- modifica el examen de realidad y, en consecuencia, el campo de la conciencia. Principio de placer y/o compulsión de repetición son destinos que implican como requisito la desinvertidura de la vivencia de dolor.

Por examen de realidad no debe entenderse el examen de algo ya dado, que está allí, afuera, independiente de nosotros y que sólo depende de un adecuado 'examen' reconocerla y tomar contacto con ella. Más bien consideramos la realidad, tal como da a entender Freud en "Esquema de psicoanálisis", como otra instancia psíquica, cuya arquitectura y construcción resulta del conjunto de la actividad psíquica. En tal construcción, la participación alucinatoria tiene su importancia, que puede ser mayor o menor. Modificar esta cualidad alucinatoria no quiere decir que entonces veremos la realidad 'tal cual es', sin distorsión; quiere decir poder incluir en ella, en mayor o

menor medida, lo atinente a la vivencia de dolor. Y es esta inclusión la que determina una modificación sustancial en el examen de realidad.

Entonces, repasando lo dicho, el lugar dejado vacante por el rechazo de la conciencia es ocupado por una fantasía de deseo que configura la creencia en su realidad. Tal creencia, como explica Freud, depende del retiro de la investidura Cc, que suspende en ese punto el examen de realidad. Así dice en "Adición metapsicológica..."

*"La amentia es la reacción frente a una pérdida que la realidad asevera pero que debe ser desmentida (Verleugnung) por el yo como algo insoportable. A raíz de ello el yo rompe el vínculo con la realidad, sustrae la investidura al sistema Cc de las percepciones (o quizá le sustrae una investidura cuya particular naturaleza puede ser todavía objeto de indagación). Con este extrañamiento de la realidad queda eliminado el examen de realidad, las fantasías de deseo - no reprimidas, por entero concientes- pueden penetrar en el sistema y ser admitidas desde ahí*



*como una realidad mejor .Una sustracción así puede ponerse en el mismo rango que los procesos de la represión."*

Lo que Freud describe en la dimensión patológica de la amentia puede servirnos para explicar el funcionamiento 'normal' del sistema Cc y cómo éste lleva a cabo el examen de realidad.

El resultado es que se constituye una realidad a predominio imaginario, sustentada en el cumplimiento de deseo (y/o en la compulsión de repetición). Se trata de una realidad con cualidad alucinatoria, que ocupa el lugar dejado vacante por la alucinación negativa de la percepción que excitó la vivencia de dolor.

Como tal cumplimiento de deseo en general no compromete a todas las instituciones del yo, no llega a darse lo que Freud describe para la amentia: la sustitución total de una realidad por otra, en la que la imagen de cumplimiento de deseo se da en tiempo presente, como ya cumplido. El cumplimiento es parcial, la imagen de deseo no llega a la conciencia en tiempo presente sino en optativo - *me gustaría*

*que...-*, esta pantalla imaginaria que aparece como telón de fondo de la conciencia duplica la realidad en una realidad que es y otra que debería ser. El resultado de esta duplicación es que se constituye una realidad en falta, a la que justamente le falta ese cumplimiento de deseo que, sin embargo, está presente como faltante. Este efecto de 'falta' resulta de la alucinación parcial del cumplimiento de deseo. La realidad 'en falta' es la que suscita las quejas neuróticas. La queja es una máscara con que se denuncia y se presenta el cumplimiento parcial de deseo. Corresponde a una construcción-realidad a predominio imaginario.

De allí la importancia que el encuadre permita el recorte de esa realidad.

En la medida que se logra suspenderla en el espacio-tiempo del encuadre, en su lugar aparecerá otro cumplimiento de deseo, también de índole alucinatoria: corresponde a la dimensión de la transferencia que se organiza alrededor de la investidura de la experiencia de satisfacción.

Pero el carácter alucinatorio de esta última es accesible al psicoanalista, que participa en la misma como protagonista. El destino de la dinámica transferencial, cuando puede desarrollarse, lleva al 'despertar', lo que se anuncia por la reinvestidura de la vivencia de dolor que estaba oculta, negativizada en el cumplimiento de deseo (dolor en transferencia). El objeto de ese dolor está encarnado por el analista.

Puede plantearse cuál es la importancia del reinvestimento de la vivencia de dolor.

Ocurre que el rechazo de la misma mantiene congelada la construcción-realidad en la dimensión alucinatoria (cumplimiento de deseo y/o compulsión de repetición). Su inclusión implica una suerte de 'despertar' que reinstala la capacidad de actuar, interactuar con la realidad, devolviendo a ésta su carácter dinámico y cambiante. Con tal 'despertar' se descubre que no toda la vida es sueño... ni pesadilla.

Si el cumplimiento de deseo guarda nuestro 'dormir', el objeto que reinvierte la vivencia de dolor es lo que nos despierta. Por lo mismo, su presentación no está libre de vicisitudes. Al contrario, desata las turbulencias más difíciles de atravesar en un análisis, tanto para el paciente como para el analista.

Como antes dijimos el analista resiste ocupar ese lugar y el signo de tal resistencia se anuncia como contratransferencia, principalmente angustia: un índice de la sobre investidura de la imagen yoica narcisista, que se protege de la identificación con el objeto.

Tal identificación es un peligro y, de producirse, da lugar a actuaciones porque resulta insoportable.

Pero, en la medida que el analista se da cuenta (darse cuenta implica la participación de Cc, disuelve la alucinación negativa) puede encarnar ese lugar de objeto y hablar desde él, sin quedar identificado al mismo o saliendo de esa identificación. De ese modo toma la fuerza del objeto y la vehiculiza en las palabras de su construcción, que dan cuenta del acto que allí tiene lugar y permiten

nombrar al objeto. Si hasta ese momento el objeto era pero no existía, ahora, al ser nombrado, puede existir. Esta 'realización' del objeto sólo acontece en el calor de la transferencia.

Tal construcción no está hecha desde el yo narcisista del analista ni se dirigen al yo narcisista del paciente. Habla desde la escena y a la escena. El paciente escucha la construcción, que en tales condiciones atraviesa las defensas narcisistas y las palabras que escucha actúan, trayendo el objeto a la existencia; una suerte de exorcismo.

La construcción da palabra a la vivencia de dolor, desviándola así del puro cumplimiento de deseo y/o de la compulsión de repetición. Como dice el poeta, dad palabras al dolor, el dolor que queda sin palabras daña el corazón.

Bibliografía

1 Cesio, F. La transferencia XXV Congreso Latinoamericano.  
Guadalajara. Méx.

2 " La Sombra del objeto. Melancolía La Peste de Tebas N  
30

3 Freud, S. La Interpretación de los sueños Amorrortu editores TV

4 Freud, S. Complemento metapsicológico... Amorrortu editores TXIV

5 Loschi, A. Yo dolor La peste de Tebas N 16

6 Loschi, A. Identidad-Mismidad. Las paradojas del yo La Peste  
de Tebas N 19

7 Nasio, J.D. Cómo trabaja un Psicoanalista Paidós

8 Turjanski, E. "Una idea del dolor".